

LOS SACRAMENTOS CRISTIANOS (1)



*Ofrecemos aquí
siete catequisis
o aproximaciones
a los sacramentos
que celebramos
los católicos.*

*No se explica
cada uno de ellos,
sino que se presentan
siete aspectos comunes
a todos ellos,
que pueden ayudarnos
a entenderlos
y celebrarlos mejor.*

*Nos servimos,
sobre todo,
de lo que dice de ellos
el Catecismo
de la Iglesia Católica,
del año 1992.*

1. SON LAS OBRAS MAESTRAS DE DIOS

Los sacramentos que celebramos los cristianos son, ante todo, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, “las obras maestras de Dios” (CCE 1091.1116). Cuando vamos a misa o nos confesamos o nos casamos, los protagonistas no somos nosotros, ni la Iglesia, sino Dios Trino: “Toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo” (CCE 1153).

Lo principal que pasa cuando celebramos un sacramento no es que así cumplimos un deber o realizamos algo que pide nuestra religiosidad o nuestra paz espiritual. Lo que pasa es, sobre todo, que Dios Padre quiere comunicarnos su amor, su perdón, su salvación. Y siempre lo hace por medio de su Hijo Jesús y su Espíritu Santo.

Hoy y aquí, Dios sale a nuestro encuentro en la celebración eclesial y nos alcanza a cada uno de nosotros en los diversos sacramentos: nos incorpora a su vida (bautismo), nos da la fuerza de su Espíritu (confirmación), nos alimenta en nuestro camino (eucaristía), nos perdona nuestras culpas (reconciliación), nos fortalece en nuestra enfermedad (unción), regala a la comunidad ministros que hagan las veces de Cristo (orden) y bendice el amor del hombre y la mujer para formar una familia (matrimonio).

Esta es la perspectiva más positiva: “Los sacramentos manifiestan y comunican a los hombres el misterio de la comunión del Dios Amor” (CCE 1118).

2. LOS SACRAMENTOS EMANAN DE LA PASCUA

No podemos entender lo que son los sacramentos sin referirlos a una clave fundamental: la Pascua de Jesús.

El momento culminante de la historia, cuando fuimos salvados y reconciliados con Dios, fue la Pascua, cuando Cristo Jesús murió en la cruz y fue resucitado por la mano poderosa de Dios. Todo lo demás es aplicación de aquel acontecimiento central.

Ahora Cristo sale a nuestro encuentro y nos comunica su gracia en los sacramentos de su Iglesia:

- * en el *bautismo* nos sumerge en su muerte y resurrección y nos da la vida nueva por su Espíritu,
- * en la *confirmación*, nos hace su mejor don, el Espíritu Santo, como hizo el día de Pentecostés con la primera comunidad,
- * en la *eucaristía* nos alimenta con su propio cuerpo y sangre, para que tengamos fuerzas en el nada fácil camino de la vida,
- * como somos pecadores, en la *penitencia* nos comunica su perdón, o sea, su victoria en la cruz sobre el mal y el pecado,
- * cuando estamos enfermos, se acerca por la *unción* eclesial a nuestro lado, para fortalecer nuestra debilidad,
- * con el sacramento del *orden* hace a su Iglesia el don de los ministros ordenados (diáconos, presbíteros, obispos) que le representen a él para bien de la comunidad,
- * y en el *matrimonio* da sentido y bendice el amor de un hombre y una mujer, él, que en la cruz mostró su amor a la Iglesia, su Esposa.

Toda esa gracia viene de la Pascua, o sea, del Cristo Pascual, el Señor Resucitado. “Cristo glorificado actúa ahora por medio de los sacramentos y nos comunica su gracia” (CCE 1084), o sea, “los frutos de su misterio pascual” (CCE 1076).

Cuando se curó aquella mujer enferma al tocar el borde del manto de Jesús, este dijo: “He sentido que una fuerza ha salido de mí” (Lc 8,46) y, en general, la gente comentaba que “salía de él una fuerza que sanaba a todos” (Lc 6,19). Pues ahora, del Cristo Resucitado emana una fuerza salvadora, la gracia de los sacramentos.

3. LA PASCUA NO HA ACABADO

Y es que la Pascua no ha terminado. Lo que celebramos en la Pascua semanal, el domingo, o en la Pascua anual, el Triduo Pascual y su prolongación hasta Pentecostés, no es un aniversario, como si dijéramos que en tal día como hoy (el domingo) o en una primavera como esta (la Pascua) Cristo Jesús murió y resucitó y por eso lo recordamos.

La Pascua sigue porque sigue vivo el Señor Resucitado, que se hace presente en nuestra vida de múltiples maneras.

Lo dice muy bien el Catecismo: “Cuando llegó su hora, vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucitado de entre los muertos y glorificado a la derecha del Padre de una vez por todas. Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular. Todos los demás acontecimientos suceden una vez y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado... Todo lo que Cristo es y todo lo que hizo participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la cruz y de la resurrección permanece y atrae todo hacia la vida” (CCE 1085).

Ahora ese Cristo Viviente se nos acerca y actúa continuamente para nosotros. Con la diferencia de que lo que en su vida mortal hacía directamente –curaba enfermos, perdonaba pecados, bendecía a los niños, dialogaba con los jóvenes, daba de comer a la gente, enseñaba– ahora lo hace desde su existencia gloriosa a través de la Iglesia y, de modo particular, a través de los sacramentos.
